

luntad que le había infundido con la primera parte de su historia. «Vuesa merced, dijo con cierta rigidez, no haga de cura donde le faltan feligreses, ni hable como campana hallándose tan abajo como se halla. Dios sabe lo que hace, y cada cual lo que le conviene. No todos los hombres son unos: así hay entre ellos tahures y corrilleros, como personas amigas de su deber. En una palabra, lo que mi marido hace, yo lo hago; y cada uno es dueño de su voluntad y su casa. Vuesa merced es algo maduro y pasado, por no decir rancio de una vez, para que tenga en su punto los sentidos. No se meta por tanto á dar consejo al que no lo ha menester. — Hay una cierta juventud, respondió Sancho, que, renovándose diariamente, nos pone en capacidad de sindicar de viejos á los demás y tenerlos por decrepitos y desvanecidos: la mano de estuco que hoy le vuelve á vuesa merced niña de veinte abriles, la pone en condición de mirarme como á un Matusalén. — ¿Quién sois vos, motilón embustero, replicó la viuda, encendida en cólera, para que me vengáis con esas indirectas? Yo no tengo que dar cuenta de mi edad á nadie, aunque sí de mis pecados á Dios. Si me caso ó no, es cosa mía; si mi marido es bueno ó malo, nada os importa. Ocupaos de vuestras cosas, y no agucéis el ingenio hasta despuntaros de malicioso. — Mal me quieren mis comadres, porque digo las verdades, tornó Sancho á decir. No le queda á vuesa merced lugar á quejarse de ofensa gratuita, ni puede llamarme entremetido, supuesto que me pidió mi parecer, acogiéndose á mi experiencia. Tenga por cierto la señora doña Prudenciana lo que he dicho, sin que por eso hayamos de venir á las manos. Comida hecha, compañía deshecha, y Dios nos ayude á todos.»



CAPITULO XXVIII

DE LOS RAZONAMIENTOS QUE LOS DUEÑOS DE CASA Y SU HUÉSPED
IBAN ANUDANDO, MIENTRAS SANGHO PANZA HACÍA LO QUE SABEMOS

No quiso la familia dedicar esa noche al juego, al baile ni cosa de éstas, sino oír á D. Quijote, quien deliraba á destajo en tratándose de caballerías, y era entonces tan del gusto de la gente casquivana, como agradable para los formales y juiciosos cuando la conversación rodaba sobre asuntos de real importancia. «Vuesa merced sea servido de esclarecer una duda, señor D. Quijote, dijo D. Alejo de Mayorga: el caballero andante no puede pasar sin dama; mas no se me acuerda que los pláticos en las aventuras hubiesen tenido un amigo con quien gozar de la alegría de los triunfos y compartir el dolor de los reveses. ¿De dónde proviene que los andantes sean así tan solitarios, que más parecen ermitaños andariegos que hijos de la asociación civil y parte de ella, como deben ser? Solo anda Amadís de Gaula, y para mayor aumento de soledad y melancollía se viene á llamar Beltenebrós, retirándose á la Peña Pobre. Solo anda D. Belianís por montes y valles; solo va el Sr. D. Quijote, solo vuelve, y en sus nunca vistas hazañas no se sabe que brazo ajeno le ayude ni voz extraña le anime. Toda sensación comunicada con personas queridas produce su beneficio, ya con incremento de alborozo, si es de las gratas, ya con disminución de pesadumbre, si de las dolorosas. — No se le pase por alto á

vuesa merced, respondió D. Quijote, que habiéndoles unido la casualidad en su viaje al Oriente á Marfisa, Aquilante y Sansoneto, á poco de haber andado juntos echó cada cual por camino diferente, porque no se dijese que dos paladines y una doncella andante no podían andar juntos sino de miedo de andar solos. El caballero andante no ha menester compañía, porque en sí mismo tiene lo necesario para vivir como fuerte y para morir como bueno. — Si el Sr. D. Quijote, dijo á su vez D. Prudencio Santiváñez, no lo llevara á mal, le haré presente que ni el valor, ni la constancia en la guerra se oponen á ese vínculo suave con que los héroes se unen, tanto para valerse en los peligros, como para holgarse en la paz honestamente. — Los hermanos de armas, respondió D. Quijote, están desmintiendo esta aprensión ó error de vuestas mercedes, de pensar que los lazos de la amistad le son prohibidos á los caballeros. Ni el padre, ni la madre, ni la esposa, ni el hijo, nadie es primero que el *hermano de armas*. Pero no me hablen vuestas mercedes de compañeros de casualidad, ni de amigos vulgares: un hermano de armas á quien me una con la sangre de mis venas, no digo que no. A falta de esto, D. Quijote de la Mancha se irá solo por el mundo. — ¿No ha oído vuesa merced, señor caballero, dijo por su parte el capellán, que la soledad es cosa mala? Nuestro Señor Jesucristo nos dió una lección divina de amistad con la que profesó á su primo San Juan: si este elevado, profundo afecto no tiene cabida en el corazón del caballero andante, menos sentirá éste las emociones que dirigen al hombre á la gloria celestial; y mucho me temo que de puro valiente no alcance sino las penas eternas. — Este es asunto de la jurisdicción divina, respondió D. Prudencio, y muy ajeno de conversaciones como la nuestra. No ensanche desmedidamente el reverendo padre la órbita de esta plática familiar, por cuanto no hay cosa más ocasionada que esto de discurrir en materias de religión, quebradizas de suyo, y mucho más á causa de la intolerancia que en ellas solemos emplear. Tanto podría salvarse el Sr. D. Quijote siendo un buen religioso capuchino, como el honorable capellán siendo

un renombrado aventurero. Hay muchas moradas en la casa de mi padre, dice el Señor. Y no haya más, capellán. Si algo tiene que decir en este negocio sin condenar á nadie, le oiremos de bonísima gana.» Rióse el capellán con placidez y mansedumbre que no acostumbran los de su clase cuando se trata del cielo y el infierno. Sobre su buena razón, era de genio pacífico y avenible; y no siendo, por otra parte, extraño á la cortesanía, se acomodaba á las circunstancias, blandeando con mucha gracia, aun cuando hubiera propuesto de primera entrada una especie rigurosa. Echó luego á burlas la severidad de su propio dictamen, y con bondadosa modestia repuso: «Yo no pienso de otro modo, Sr. D. Prudencio; vuesa merced me conoce. Y puesto que de la amistad íbamos hablando, no negará el Sr. D. Quijote sus ventajas, las que puedo certificar con sucesos verdaderos, si vuestas mercedes me dan licencia para referir un pasaje.» Rogáronle que lo dijese, y muy particularmente doña Engracia, quien gustaba por extremo de las narraciones de su capellán; narraciones que, sobre ser de mucha substancia, tenían cierto corte adecuado para la conversación.

«Amigos....., dijo el capellán, ¿los hay de veras? — El amigo fiel es un resguardo poderoso; el que lo tiene, tiene un tesoro, dice el *Eclesiástico* de Jesús, hijo de Sirah. Es el caso que un hombre tenía dos amigos, tan ricos ellos como pobre él: el día de morir, testó de la manera siguiente: «Lego á Juan el Bueno la obligación de mantener á mi madre, y atenderla en todas sus necesidades. Cuando ésta venga á entregar el alma á Dios, honrará su cadáver con exequias iguales á las que hizo á la suya propia. Item: Lego á Marcos de León el deber de dotar á mi hija del modo correspondiente á su calidad, y proporcionarle, si es posible, un matrimonio ventajoso. En caso que uno de éstos viniese á fallecer antes que mi madre y mi hija, le sustituyo al uno con el otro.» Los que tuvieron noticia del testamento no acabaron de reirse; mas los testamentarios aceptaron gustosos sus legados respectivos, con asombro de los que de ellos habían hecho fisga, llamándoles herederos. Uno de éstos

siguió las huellas de su difunto amigo al cabo de cuatro días; llegada era la contingencia de la sustitución, y al sobreviviente le tocaba uno y otro legado. Juan el Bueno se declara hijo de la anciana, padre de la niña. Abrumó á la una con el amor filial, á la otra con el paternal. Después de algunos años, enterró á la primera decorosamente, casó á la segunda ventajosamente, habiéndola dotado con veinticinco mil ducados, de cincuenta mil que eran sus bienes de fortuna. Los otros veinticinco los reservó para su hija propia (*).»

Al fin de este relato, doña Engracia tenía los ojos llenos de lágrimas: virtud es de las mujeres manifestar la exquisita sensibilidad de su alma con esa tierna y sencilla expresión de la naturaleza. No dijo nada la señora: su esposo que la estaba observando preguntó: «¿Y las vidas de testamentarios semejantes no se hallan en el santoral? En esa acción veo un mundo de virtudes. — Tengo para mí, señor capellán, dijo á su vez don Quijote, que ese testamento debe insertarse en la Sagrada Biblia, como un hecho proveniente de moción divina, pues no á otra cosa hemos de atribuir los efectos de la ardiente caridad de un corazón bien formado. ¿Sabe otros sucesos de este género el señor capellán? — Las horas son cortas para tan bellas anécdotas, dijo doña Engracia, apoyando á D. Quijote, mayormente cuando son referidas con tanta gracia. — Favor de vuesa merced, respondió el capellán. No tanto por el gusto de referir, cuanto por el que vuestas mercedes manifiestan en oír, recordaré otro caso que ha llegado á mi conocimiento. Murió hace poco un señor opulentísimo, dejando todos sus bienes de fortuna al segundo de sus hijos, en perjuicio y mengua del primogénito, á causa de la mala é incorregible conducta de este joven. El desdichado sintió el peso del agravio, y lejos de empeorar de costumbres, irritado de tan odiosa preterición, se apartó de los vicios y dió tales pruebas de arrepentimiento,

(*) Pasaje de la historia griega. Las personas genuinas se llamaban: Eudamidas, el testador; Charixeno y Areteo, los testamentarios. El primero era de Corinto, los dos segundos de la ciudad de Cycione.

que vino á ser modelo de hombres justos y virtuosos. «Hermano querido, le escribió entonces su hermano, allá va el testamento de nuestro difunto padre. He puesto tu nombre en lugar del mío, por cuanto si él hubiera tenido tiempo de verte reformado, á ti te hubiese instituído su heredero y tuyas hubieran sido las riquezas que me dejó en menoscabo de tus derechos. Tuya es, pues, la herencia, de la cual no me puedo aprovechar mejor que transmitiéndola á quien ella correspondía por la ley de la edad, y á quien corresponde hoy por la buena conducta y los merecimientos (*).»

— No siga adelante vuesa merced, dijo D. Quijote interrumpiéndole, sin enterarnos de lo que hizo el desheredado. — ¿Qué había de hacer?, respondió el capellán; se fué para su hermano con los brazos abiertos, las lágrimas de uno y otro corrieron juntas, y luego la herencia fué dividida en dos partes iguales, de las que tomó cada uno la suya, alabando á Dios, que los bendecía, y honrando la memoria de su padre. — ¿En qué tiempo se daban estas comedias, señor capellán?, preguntó el marqués de Huagrahuigsa: debe de ser allá, cuando el rey que rabió, pues tales consejas tienen sabor y ranciedad de pajarotas antediluvianas. — ¡No digas eso!, respondió doña Engracia con disgusto notorio: ¿qué tienes tú para andar siempre poniendo en duda lo que huele á virtud, cuando siempre estás listo á dar asenso á lo que desacredita á los hombres? — Esas son pamplinas, replicó el marqués: nadie tira su herencia por la ventana, y si la tira es un loco, ó por lo menos un tonto. — ¡Muchacho!, gritó D. Prudencio, ¿llamas tontería ó locura el que uno se divide con su hermano los bienes paternos? He aquí tu filosofía, de la cual nos tienes hartos. Siempre estás con estas cosas, y te afirmo que nos causas pena. ¿Quién te ha dicho que dureza de corazón, indiferencia por el mal del prójimo, desprecio de las virtudes, bajo interés, egoísmo, codicia y los demás defectos de las almas innobles son filosofía ni proceden de ella? El cinismo,

(*) Pasaje histórico. *Essais*, de Montaigne.

mi querido Zoilo, es negación de la parte celestial del hombre.» Era el marqués propensísimo á la cólera, fenómeno que en él producía el de atajarle de razones, al tiempo que la sangre se le agolpaba al rostro, inflamándole la vista. Quedábase él con su rabia, los otros pasaban adelante, y cuando él creía merecer y ocupar el primer puesto, se fué hundiendo poco á poco en la obscuridad, y acabó por desaparecer en la indiferencia de los que no le estimaban lo suficiente para sostenerlo con el odio.

«Las afecciones son en mi hermano más sanas que las ideas,» dijo D. Alejo, pronto siempre á volver por él. Ha leído por demás, y tiene trastrocados los sistemas filosóficos. — Sí, respondió D. Prudencio, yo sé que él llama filosofía ese modo de pensar, cuando la filosofía verdadera es justamente lo contrario, si ella tira á la mejora del hombre y se empeña en elevar el espíritu hasta la divina Substancia. Los mejores filósofos son los que practican sin saberlo esa noble ciencia; y los aciertos de la filosofía no pueden ir nunca fuera de la grandeza del alma y la bondad del corazón. ¡El egoísta, el avariento, el canalla, no son filósofos! No lo digo por ti, mi querido Zoilo; mas, por desgracia, tú malbaratas tu capacidad intelectual, don precioso de la naturaleza, que debemos usar con moderación, cuidando no lo echemos á mal cuando menos lo pensamos.»

D. Quijote había oído en silencio estas recriminaciones; y como de suyo era inclinado al bien, luego se puso de parte del juicioso tío, apoyando sus ideas con otras no menos firmes y sensatas; cosa que ingirió vivo rencor en el pecho del marqués, pues se daba éste, por su genio, á aborrecer mortalmente á los que tenían en poco su modo de pensar y no hacían mucho caso de sus resoluciones absolutas.



CAPITULO XXIX

DEL ÍMPETU DE CORAJE QUE TUVO D. QUIJOTE AL SABER LO QUE Á SU VEZ
SABRÁ EL QUE LEVERE ESTE CAPÍTULO

Como la noche estuviere muy entrada, se retiró D. Quijote á su aposento, acompañándole D. Alejo de Mayorga y un gran amigo suyo llamado Ambrosio Requesén, barón de Cocentina, tan calavera y maleante el uno como el otro. «Miren vuestas mercedes, dijo D. Quijote llegándose á la ventana, cuán grande y silencioso el mundo se dilata entre dos inmensidades, el pasado y el porvenir, incomprensibles partes de la eternidad. Las estrellas que con su luz infantil están plateando la noche, contribuyen sin saberlo á embellecer el misterio de la creación. — Lo que vuesa merced acaba de decir acerca de la noche y esos luminosos brotes del firmamento, respondió D. Alejo de Mayorga, proviene de una cierta disposición de espíritu y de una fineza de sentidos que descubren primores en que no repara el vulgo. — El pecho delicado, replicó D. Quijote, abriga esa disposición; y cuando el amor está resplandeciendo dentro de él, lo fecundiza de manera extraña y hace brotar esas flores que se llaman poesía. — Tenía yo creído, volvió á decir D. Alejo, que las armas eran opuestas á las Musas, y que Marte y Apolo se miraban con ojeriza. — Las letras humanas, repuso D. Quijote, pueden muy bien hermanarse con las armas, según nos lo da á conocer el emblema del valor y la sabiduría, encarnado en

esa gran divinidad que ora se llama Palas, ora Minerva. Las abejas del Hibla, dicen los antiguos, depositaban su miel en los labios de Jenofonte, uno de los mayores capitanes de los griegos. Y nuestro Garcilaso, ¿no fué tan buen poeta como guerrero?

— «Entre las armas del sangriento Marte
Hurté de tiempo aquesta breve suma,
Tomando ora la lanza, ora la pluma,»

dijo el barón de Cocentaina, quien picaba en poeta y gustaba de adornar la memoria con algunas medidas y sonoras cláusulas. Y el otro que se tenía

«Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.»

— Ese es D. Alonso de Ercilla, respondió D. Quijote; Ercilla que, si no es épico, no por eso deja de ser poeta, como que ha hecho una muy hermosa relación donde el sentimiento, ó digamos espíritu poético, se desenvuelve en verso, magnífico muchas veces. ¿Y qué dicen vuestras mercedes de Jorge Montemayor, que fué músico, soldado y poeta, y no de los de por ahí? Si sucede que yo me entregue de propósito algún día á componer obras poéticas, ya sean heroicas, ya pastorales, he de imitar á Montemayor en esa admirable malicia con que celebra á su dama tras el velo de la heroína del poema. Iba diciendo á vuestras mercedes que el ingenio y el valor, las armas y las letras, de ningún modo se excluyen. ¿No es esto lo que nos dan á entender los bardos cuando nos muestran á Aquiles pulsando la cítara y cantando amorosas endechas en las horas de sosiego? Los más renombrados caballeros andantes fueron tiernos músicos y amables trovadores: ya los ven vuestras mercedes mano á mano con un desemejado gigante, ya asidos á su arpa de marfil tañendo de manera de hacer perder el juicio á las señoras y las doncellas del castillo donde llegan á pasar la noche.

— Viene muy al caso, dijo D. Alejo de Mayorga, el que los

poetas sean á un mismo tiempo gente de guerra: pues yo sé poco, ó ahora es cuando le conviene al Sr. D. Quijote saber más de espada que de pluma. — Dígame vuestra merced, ¿de qué se trata?, preguntó D. Quijote. — Nada menos, Sr. D. Quijote, que de afrontarse con dos paganos que viven fortificados aquí, en el monte vecino. Ningún aventurero ha podido someterlos hasta ahora, porque no juegan limpio en la batalla y se valen de estratagemas por medio de las que, si no con la honra, se quedan siempre con la victoria. Llámense Brandabrando el uno, Brandabrisio el otro; mas yo no sé por qué fusión, aligación ó arte infernal, las dos personas vienen á ser una cuando les da la gana, logrando llamarse Brandabrandisio el bellaco del gigante. — Bueno es el gigantillo, respondió D. Quijote con una risita de desprecio entre natural y fingida, y se acomoda á traer y llevar un nombre de una legua. Yo le quitaré la mitad del cómo se llama, y veremos si queda Brandabrán á secas ó Brisio pelado. ¿Es éste su único delito? — ¡Cómo, señor!, repuso D. Alejo; cada día los comete mayores, y su profesión principal es el rapto á mano armada. Dicen que tiene la fortaleza llena de las más hermosas damas, porque así como otros son aficionados á hurtar bestias, éstos tiran por largo, y cargan con cuanta señora ó doncella pueden haber á las manos en una vasta extensión de territorio. Ahora mismo está dando estampida en todo el reino una de sus proezas, y de las más atrevidas y difíciles; es á saber, el rapto de una princesa de la Mancha, que, según parece, se criaba para ceñir imperial diadema.» Se le fué el color á don Quijote, el cual, confuso y balbuciente, dijo á su escudero: «Sancho, Sancho, ahora es cuando vas á manifestar la agilidad de tu persona y la sutileza de tu ingenio. Monta en el rucio y vuela al castillo donde se me quedó de olvido la ampolla del bálsamo prodigioso, esa mano de santo que vamos á necesitar dentro de poco; pues, según se me trasluce, heridas tendremos. Y como ahora no haces otra cosa, despáchame esta comisión en dos por tres. — Mientras descansas, machaca esas granzas, respondió Sancho. Porque no me ocupo en otra cosa, quiere vuestra mer-

ced que haga lo que no haría para ganar la salud eterna. Al bobo múdale el juego. Bien está San Pedro en Roma; y quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. En justos y en creyentes, Sr. D. Quijote, no pienso hacer ese viaje, porque no le tengo ningún amor á la manta. — ¡En justos y en verenjustos lo harás, don monedero falso de refranes!, gritó D. Quijote saltando de cólera. Si no los falsificases, no los tendrías para echarlos por la ventana. No es á vuesa merced, señor Panza, á quien toca decidir en mis cosas; y esto os lo probaré ahora mismo con una docena de palos que os ablanden la mollera y os infundan más buena voluntad de la que mostráis en mi servicio. — Vuesa merced me ha cogido entre uñas, replicó Sancho, y se anda á buscarle el pelo al huevo. — ¡Qué pelo ni qué huevo, largo de uñas!, dijo D. Quijote más y más exasperado: lo que sucede es que has dado en levantarme el gallo, contando con la impunidad. — Cada gallo canta en su muladar, Sr. D. Quijote; y el bueno, en el suyo y el ajeno. Aunque de mí no se dirá que me hago el gallo, pues sé muy bien que al gallo que canta le aprietan la garganta. El gallo y el gavilán no se afanan por la presa, señor. Yo voy á escucha gallo, por rehuir el enojo de vuesa merced, y esto de nada me sirve, pues á cada vuelta de hoja me está cantando: Metí gallo en mi gallinero, hizose mi hijo y mi heredero. Al primer gallo, señor mío, uno está más para dormir que para ir por enjundias milagrosas; y la orden de vuesa merced, me llega entre gallos y media noche. Si otro amo yo tuviera, otro gallo me cantara. Mas no apuremos la cosa, que como dice el refrán, daca el gallo, toma el gallo, se quedan las plumas en la mano. — Hay también, replicó D. Quijote, uno que dice: escarbó el gallo, y descubrió el cuchillo. — Viva la gallina, y viva con su pepita, dijo Sancho, temiendo haberse propasado. — ¡Ahora principias con la gallina, hijo de Belcebú? Sarraceno, ven acá; ¿tienes entendido que me has de moler, me has de jobar, y no has de morir? — El bálsamo á que aludió vuesa merced, dijo el barón de Cocentaina echando allí el montante, se le podrá traer mañana; ¿pero cómo quiere que el bueno de

Sancho se ponga en camino á estas horas? Por valeroso que sea este escudero, si da con una banda de ladrones, ha de pagar con la vida la obediencia. — Que no vaya Sancho por los motivos que vuesa merced expone, respondió D. Quijote, anda con Dios; mas por temor de que se le mantee de nuevo, es mala fe consumada. Él sabe si le basta nombrarse y anunciarse como criado mío, para que todo el mundo le respete y aun le dé la mano en sus comisiones.» Salía D. Quijote más y más de sus quicios, y echando de repente mano á la espada, se iba sobre los gigantes, sin esperar tiempo ni auxilios mágicos; y de hecho se hubiera ido, á no habersele opuesto bien así D. Alejo de Mayorga y el barón, como el escudero Sancho Panza. «Las cosas se han de hacer en buena sazón, Sr. D. Quijote, dijo don Alejo, guardando el temperamento necesario para que nuestras obras no vengan á parecer efectos de locura, sino resoluciones del ánimo sereno que encomienda al brazo el desagravio. Repórtese vuesa merced hasta cuando á la faz del sol pueda liberar á la princesa. Mas le hago saber que esos belleguines obligan á los que suben á su roca á pagar todo género de contribuciones, impuestos, sisas, gabelas y alcabalas; pontazgo, almojarifazgo; trabajo subsidiario, renta de sacas; moneda forera, castilleñas y hasta chapín de la reina. — Yo les impondré todas éstas y muchas más,» respondió D. Quijote. Y como le viesen rendido á las súplicas y al poder de su criado, se fueron á la cama don Alejo y el barón echando la llave á la puerta.